

notar, por tanto, que el espacio ficcional instituido en todos los relatos de este libro es cambiante: se expande circular y metonímicamente pasando de una zona individual a una isla, a un pueblo, a un barrio, a una ciudad, a una metrópoli y retornando al espacio individual o a la esfera psicológica de los protagonistas.

Como se esboza aquí, una característica esencial de la prosa narrativa de Andrés Hoyos es la de ser temática y lingüísticamente polifacética. En "Jonás", uno de los cuentos más logrados de esta serie, el narrador, por ejemplo, fusiona su lenguaje con el lenguaje individual y regional de los personajes para caracterizarlos: el gitano costeño Nazario Tabares "vivía del comercio de pieles y de lo que él mismo llamaba 'la ocasional rayadura del coco, cuadro'" (158); Alphonse, originario de Martinica, "cuando se ponía bocón, tras unos whiskies, confesaba haber aprendido 'tretas entre tetas'" (160); Regino Maculet, originario del antiplano, es un "ocasional vendedor de muñecas, si se había logrado hacer rico por esa vía, tenía que ser 'feroz, sumercé, como la color de esta pantanera'" (160); Carlitos Bonitto, el brasileño, "hablaba creole y algo de holandés de bajo fondo además de portugués y español" (161); Mitriades Zuleta "no hablaba sino un español sumamente rudimentario, en tanto dominaba numerosos dialectos indígenas" (162); y, en fin, el gringo Salvisher saluda con un característico: "buenos nochtis" (160). La poliglosia y la (de)construcción literaria de las palabras y del lenguaje hablado es uno de los recursos lingüísticos a que recurre el escritor para dotar a sus narraciones y personajes de una dimensión humorística que se ve acrecentada por el empleo profuso de onomatopeyas y analogías asociadas al comportamiento animal.

En el discurso narrativo de Andrés Hoyos también es recurrente la inserción de algunos tópicos institucionalizados en la literatura colombiana por Gabriel García Márquez. Me refiero, por ejemplo, a tópicos temáticos como el del intelectual conservador de principio de siglo, miembro de la Academia de la Lengua o de la Academia de Historia de Colombia (47, 303); el "cachaco y su lenguaje del antiplano" (160); y a tópicos lingüísticos como la parodia del estilo garcimarquino y la alusión humorística a los títulos de sus cuentos y novelas: "Antonio Rangel habla de recordar la remota mañana escolar en la que se sintiera como frente a un pelotón de fusilamiento. 'Claro el pelotón fui yo' le decía, 'el pelotón al que fusilaron'" (31),

"después del funeral... enseñame el amor que es siempre vivo después de la otoñal hojarasca de la tumba..." (87). Es obvio que al igual que otros escritores postgarcimarquistas —como Gustavo Álvarez Gardeazábal, Marco Tulio Aguilera Garramuño, José Cardona López y Germán Espinosa—, Andrés Hoyos emplea la parodia para cuestionar y subvertir el fenómeno cultural del garcimarquismo. Desde luego, que al reabsorber, recontextualizar y, en fin, (de)construir discursos paródicos anteriores, Andrés Hoyos y los otros escritores mencionados realizan, en mi opinión, la labor meritoria de garantizar con su escritura la continuidad de la tradición literaria colombiana. En definitiva, Andrés Hoyos ofrece al lector una colección de cuentos que revela a un escritor en plena posesión de excelentes recursos literarios desplegados en sus relatos con inteligencia e imaginación. Por metaforizar en sus narraciones una realidad latinoamericana cambiante, por su variedad temática, por el juego que establece con su lenguaje y por su eficaz empleo del humor en la forma de ironía, parodia y sátira, el libro *Los viudos (y otros cuentos)* de Andrés Hoyos suscitará, sin duda, gran interés en el lector colombiano e hispanoamericano.



Karl Kohut
Literatura colombiana hoy.
Imaginación y barbarie

Frankfurt y Madrid:
Editorial Vervuert Verlag
y Editorial Iberoamericana, 1994, 388 pp.

Jonathan Tittler
Cornell University

El Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt, Alemania, lleva casi una década editando una importante serie —titulada *Americana Eystettensia*— de estudios académicos sobre la cultura y la literatura latinoamericanas. Este volumen, el número 13 de su serie de *Actas*, constituye una huella del simposio del mismo título que se cele-

bró en el recinto de dicha universidad entre el 5 y el 8 de noviembre de 1991, vísperas del muy mentado y discutido quinto centenario del encuentro entre Europa y América. Anticipando mis conclusiones, la juzgo una contribución benemérita no sólo a la colección que encabeza sino también al conocimiento crítico actual sobre su temática. Dentro de la diversidad de temas y metodologías inevitable (y deseable) en una recopilación de ponencias/ensayos de un grupo heterogéneo que consiste principalmente en escritores "de creación" de Colombia, por un lado, y estudiosos alemanes, por otro, el tomo luce un promedio marcadamente alto de madurez intelectual. Hay que atribuir este feliz resultado al sesudo editor Karl Kohut, que ha sabido dar orden a la totalidad y cuyas palabras redondean las intervenciones de los otros participantes.

Después de la introducción meditativa del recopilador sobre la trayectoria de la relación entre los términos clave "imaginación y barbarie," en la que quizá lo más trascendente sea una reproducción de la "Declaración de Elsinor" que suscribieron muchos de los escritores colombianos participantes en el simposio, el programa se organiza según una lógica mayormente genérica, como indican los siguientes titulares:

- I. Escribir en Colombia (aportes de Buitrago, Espinosa y Álvarez Gardeazábal)
- II. Buscando en la memoria: La reescritura de la historia (König, Cruz Kronfly, Pineda-Botero, Rincón y Levy)
- III. Y violencia siempre: Historia, sociedad, literatura (Heinz, Janik, Noriega y Sanín)
- IV. La riqueza de un género en plena evolución: La narrativa (Moreno-Durán, Borsò, Berg, Jaramillo-Zuluaga y Gómez Ocampo)
- V. ¿Decadencia o auge? Los avatares de la poesía (Cobo Borda, Jaramillo Agudelo, Morales Saravia, Araújo y Pöppel)
- VI. Tradiciones, compromisos, experimentos: El teatro (Gómez)
- VII. Medios y mercados (Herrera, Sánchez Juliao y Fayad).

Como demuestra este índice, el grueso del asunto se encuentra en las secciones II-V, donde se discuten la historia, la novela histórica, la violencia (y la Violencia), la narrativa y la poesía. Para el lector que quiera

saber si los estudios pueden serle de interés, resumo todos los ensayos en términos breves.

En "El tiempo de los monstruos ... y las lilas", Fanny Buitrago ofrece una reivindicación lírica de la Colombia de hoy: "En cada narración, y cada línea, y cada poema, hay un germen de luz que se opone a la humareda de la violencia, a la sangre, a la opresión y a todas las formas del delito" (30).

Germán Espinosa, en "Mi generación frente a Europa", intenta desmentir estereotipos europeos sobre los latinoamericanos (que son "retóricos", que carecen de complejidad psicológica, que son iguales en diferentes partes del hemisferio). Asevera que los latinoamericanos son, y no sólo geográficamente, entre los pueblos más occidentales del planeta, una "cultura de culturas", personas educadas en todas las tradiciones del mundo.

La tesis de Gustavo Álvarez Gardeazábal se anuncia claramente en su título: "Escribir en la Colombia de hoy: una soberana pendejada". Como ya no hay lectores, según el antiguo narrador y actual alcalde de Tulúa, sino nuevos ricos mafiosos y jóvenes vidiotizados y analfabetos, presta más atención a sus electores que a sus potenciales lectores.

En "Colombia: país político — país nacional. El problema de la conciencia histórica", Hans-Joachim König critica la historia oficial sancionada por la Academia de la Historia y la forma en que comúnmente se enseña dicha disciplina para crear un público sumiso y acrítico. Sus palabras concuerdan, pues, con las de los signatarios de la ya mencionada "Declaración de Elsinor", que reclaman una nueva política de la cultura en Colombia.

Basándose en su novela *La ceniza del Libertador*, Fernando Cruz Kronfly explica en "Ficción y novela histórica" la distinción entre dos discursos semejantes, el de la historia y el de la ficción histórica. Aclara que ésta tiene un objetivo "metahistórico", el de apropiarse de hechos históricos para poner en escena universales como la muerte, la soledad, el poder o la desesperanza. Bolívar, en su novela, no es por lo tanto un objeto, sino un medio que posibilita un drama de enigmas globales de la condición humana.

"La novela heroica en Colombia ante los quinientos años del descubrimiento" de Álvaro Pineda-Botero consiste en un análisis lúcido de lo no épico en dos novelas colombianas, *Changó, el Gran Putas* (1983), de Manuel Zapata Olivella y *El gran jaguar* (1991).

de Bernardo Valderrama Andrade. En ambos casos los autores, que reconstruyen aspectos del mundo africano e indígena respectivamente, se valen de recursos de la novela (pos) moderna para resolver ciertas tensiones inherentes en sus construcciones.

Carlos Rincón, en "El general sí tiene quien lo lea", ofrece un luminoso análisis de dos aspectos de la novela histórica de García Márquez, *El general en su laberinto*, que son también técnicas fundamentales de la narrativa contemporánea, el flujo de conciencia y la *mise en abîme*. Empleando herramientas narratológicas, demuestra cómo, a través de una mezcla impura de vocalización y focalización, en el texto se instala una "política de la representación" que deconstruye la oposición entre mitificación y desmitificación de la figura del protagonista.

En Kurt Levy, "Sobre temática y arte en *La casa de las dos palmas*", se propone un apreciativo estudio de los motivos de la ceguera, la música, la identidad y la liberación en lo que el crítico considera "la obra culminante" de la carrera del autor Manuel Mejía Vallejo (117).

El estudio de Wolfgang S. Heinz, "Violencia política y cambio social en Colombia", consiste en un comprehensivo análisis de la Violencia desde los 70. No aporta mayores sorpresas en identificar las causas del fenómeno (un Estado débil, tradición de clientelismo y corrupción, exclusión de las clases populares, iglesia tradicionalista, etc.), pero la investigación resulta impresionante por su amplitud e inclusividad.

"La experiencia de la Violencia: problemas de su transposición estética", de Dieter Janik, es un estudio del ambiente de terror y predestinación en algunas novelas "anti-idílicas" de la Violencia: *La mala hora* (Gabriel García Márquez, 1962), *La casa grande* (Álvaro Cepeda Samudio, 1962), *El día señalado* (Manuel Mejía Vallejo, 1963) y *Cóndores no entierran todos los días* (Gustavo Álvarez Gardeazábal, 1972). Su objeto de análisis es el efecto estético de la desvinculación de los individuos del marco de seguridad institucional y la ausencia de una articulación causal de los eventos en dichos textos.

En "*La mala hierba* de Juan Gossaín: consideraciones estéticas ante una escritura de la nueva Violencia colombiana", Teobaldo A. Noriega aboga por refinados mecanismos de recepción estética para evaluar novelas técnicas narrativas. Encuentra en el texto de Gossaín una oposición/combinación dialógica de dos

discursos, el documental y el imaginario, y busca una postura que pueda abarcar la tensión generada entre ellos. Resuelve esa tensión a veces mediante una dicción poética, como en esta oración sobre la Violencia: "Esa V (uve mayúscula) que semióticamente pareciera representar el ángulo siniestro de nuestra aguda desgracia" (147).

Javier Sanín, S.J., el autor de "Pobre Gardel. Y pobres de nosotros": *De Tuyo es mi corazón a El cielo que perdimos: Literatura, sociedad y política en Juan José Hoyos*", proporciona una detallada y muy sentida evocación temática y cultural: la muerte de una ciudad (Medellín) y de una época (los 60).

El aporte de Rafael Humberto Moreno-Durán, "Grandeza y miseria del cuento colombiano en las últimas décadas", consiste en mencionar unos pocos cultivadores dignos del cuento, serie que no constituye tanto una tradición cuentística como una intermitencia. Logra identificar la causa del problema —la falta de una crítica seria dentro del país—, pero el principal valor de la pieza queda en el bombardeo de neologismos, tales como "escritofrenia", "tangópatas" y "pornomanía", con que salpica su discurso.

Vittoria Borsò propone, en "La escritura femenina en Colombia en la década de los 80", que la escritura femenina funciona para criticar el orden patriarcal, falocéntrico, logocéntrico y eurocéntrico. Estudia estas tendencias en textos de Helena Iriarte (*¿Recuerdas Juana?*, 1989), María Helena Uribe de Estrada (*Reptil en el tiempo*, 1986) y Fanny Buitrago (*¡Libranos de todo mal!*, 1989). Encuentra un significativo paralelismo entre la búsqueda de identidad que emprenden la mujer y toda la cultura latinoamericana, sobre todo con respecto a la lucha que se libra contra la dependencia, la marginación y los mitos de su supuesta "esencia".

"Oralidad y diálogo en la nueva narrativa colombiana", de Walter Bruno Berg, es una diestra problematización de la relación oralidad/monologismo y escritura/dialogismo, engendros de Ong y Bajtín, que normativamente se mantiene. Basándose en lecturas de *Los felinos del canciller* (Rafael Humberto Moreno-Durán, 1987) y *La nieve del almirante* (Álvaro Mutis, 1986), demuestra que, mediante un uso atinado de la ironía, la oralidad representada puede enmascarar una profunda polifonía.

En "Del erotismo en la novela colombiana". J. Eduardo Jaramillo-Zuluaga informa que, en los primeros años del siglo, hubo en la novela colombiana

una "aporia del cuerpo", señalada inicialmente por el ensayista y poeta Jorge Gaitán Durán. Eso cede a una "ética del erotismo" en obras como *4 años a bordo de mí mismo* (Eduardo Zalamea Borda, 1934) y *La mansión de Araucaíma* (Álvaro Mutis, 1973). Últimamente lo que se encuentra, en autores como Fanny Buitrago, Albalucía Ángel, Andrés Caicedo y Rodrigo Parra Sandoval, es una "desarticulación del lenguaje del deseo" (223), la que, al no equivaler a un retorno al decoro de antaño, subvierte la plenitud erótica del período anterior.

El rechazo más rotundo del país lo plantea Gilberto Gómez Ocampo en "Ricardo Cano Gaviria, Rodrigo Parra Sandoval, y la persistencia del tiempo: dos visiones del anacronismo colombiano". A través de las novelas *El álbum secreto del Sagrado Corazón* (Parra Sandoval, 1978) y *Prytaneum* (Cano Gaviria, 1981), el crítico emigrado denuncia diversas estructuras culturales colombianas —tales como su "formalismo literario y social", "fetichismo religioso", "espejismo de modernidad", "culto hacia el pasado", "estrechez intelectual", "falta de vanguardias" y "feudalismo político".

Menos vituperativa, pero todavía negativa es la visión de Juan Gustavo Cobo Borda, quien en "En un país de poetas, la tradición en crisis" proyecta un amplísimo panorama de la poesía colombiana desde el modernismo hasta hoy. Desde el modernista comerciante de Silva, y pasando por otros grandes (León de Greiff, Eduardo Carranza, Álvaro Mutis) y no tan grandes, Cobo nota la diciente ausencia de una tradición de ruptura entre los poetas, que hoy día se relegan a los círculos académicos. Aludiendo a la honda crisis institucional actual, donde la legalidad carece de legitimidad, concluye que Colombia hoy paradójicamente luce una "cultura sana en un país enfermo" (255).

En "Colombia: una poesía en auge", Darío Jaramillo Agudelo registra otra perspectiva sobre un fenómeno semejante. Agrega a la lista de los poetas consagrados los nombres de Guillermo Valencia y Rafael Pombo, y de los muy decentes los de Jaime Jaramillo Escobar, Mario Rivero y José Manuel Arango, y agrega que no se sabe lo que es realmente bueno hasta después de la muerte del poeta y de sus primeros lectores.

"Poesía y prosa en Álvaro Mutis", de José Morales Saravia representa un ahondamiento en el sistema estético de Mutis, ya reconocido como uno de los máximos escritores, tanto en verso como en prosa, en lo

que va del siglo. Indaga en el ubicuo sentido del fracaso que permea el universo fictivo y el permanente deseo de recuperar en forma intacta la memoria de lo perdido. Nota la casi ausencia de peripecia y de epicidad en sus escritos, poblados todos de melancólicos y derrotados individualistas que siguen emprendiendo proyectos quiméricos para evitar el suicidio.

"Poesía femenina: ¿Un lenguaje traducible?", de Helena Araújo incorpora un experimento de aproximación crítica al yo femenino de cinco poetas colombianas desde dos distintos ángulos, el análisis y la traducción. Los objetos de estudio son María Mercedes Carranza, Anabel Torres, Eugenia Sánchez Nieto, Renata Durán y Orietta Lozano. El tratamiento bifocal aspira a captar lo no articulado en los poemas, evocando una intertextualidad que encamina a una intersubjetividad femenina.

La contribución de Hubert Pöppel, "La poesía popular en la metrópoli entre tradición y talleres de poesía", consiste en un estudio sociológico que demuestra en qué forma subsiste la poesía popular en las ciudades contemporáneas. Se concentra principalmente en las coplas de los trovadores, que ya no se transmiten de madre a hijo/hija sino que se aprenden en la escuela, y eso en escala mucho menor que antes. Los dos valores conservados que se destacan son la oralidad y la cotidianidad.

El poeta y crítico Eduardo Gómez relata, en "La influencia de Brecht en el teatro moderno en Colombia", toda una historia del teatro desde 1930 hasta el presente. Comenzando con el teatro seudocrítico de Luis Enrique Osorio, apunta las aportaciones de sendos renovadores del teatro nacional como los brechtianos Seki Sano, Enrique Buenaventura y Santiago García, tanto como los grupos del Teatro Universitario, La Candelaria, Teatro Libre de Bogotá y Teatro Popular de Bogotá. Nota, con el advenimiento de la delincuencia y el narcotráfico, una degradación reciente en el gusto del público, y propone como esperanza para el futuro las universidades colombianas, último reducto de la libertad.

Los comentarios de J. Noé Herrera, titulados "El mercado del libro literario en Colombia", tienden a lamentar la forma en que la mala distribución, los pequeños tirajes, los pocos lectores y la miseria generalizada impiden una floración literaria o libresca en el país. Herrera reconoce que los libros colombianos todavía no llegan a circular en el ámbito internacional,

pero las bibliografías sí, y eso indica que ciertos progresos se están realizando.

La comunicación de David Sánchez Juliao, "Literatura y televisión en Colombia", deslinda la relación entre los dos medios anunciados en el título, generalmente considerados en oposición mutua. Lo que sobresale en el caso colombiano, sin embargo, son las exitosas adaptaciones de obras literarias —tales como *El bazar de los idiotas* (Álvarez Gardeazábal), *Pero sigo siendo el rey* (Sánchez Juliao) y *La mala hierba* (Gossaín)— a la pantalla chica. No son telenovelas propiamente sino una especie de género teleteatral que hasta el momento carece de nombre. Y aunque exaltan la región de donde son oriundos, su sintonización cuantiosa indica que logran aglutinar un sentimiento nacionalista.

Y, finalmente, Luis Fayad, en "Cultura popular urbana en la nueva literatura", glosa casos de apropiación literaria de artefactos de la industria cultural, verbigracia, los deportes, el cine, las tiras cómicas y la música popular. No limitándose a ejemplos colombianos, argumenta que estas representaciones registran un nuevo imaginario, con su propio lenguaje, modales y modos de percepción. Observa que el auge de estas formas facilita la articulación de identidades culturales alternativas, principalmente mediante la parodia y la carnavalización.

Los ensayos van seguidos de un apéndice que reúne información bibliográfica sobre algunos de los participantes en el simposio (únicamente los colombianos que sean escritores "de creación"). Pero esa parcialidad es la excepción: todo lo demás del conjunto luce un esmero admirable que atestigua un esfuerzo unánime por llevar la crítica de la literatura colombiana a un nivel mundial. Especialmente dicentes al respecto son la inclusión de estudios de las ciencias sociales con los de las humanidades, la dedicación de una sección entera a la cultura popular, y el hecho de que el estudio de las escritoras colombianas se integra en la estructura como elemento *bona fide*, sin condescendencia. En ese sentido el libro sirve de acompañante a otra fuerte antología reciente, más estrechamente definida pero no menos clara en su propósito, *La novela colombiana ante la crítica, 1975-1990*, coordinada y recopilada por Luz Mery Giraldo (Cali: Editorial Facultad de Humanidades y Centro Editorial Javeriano CEJA, 1994). Reconociendo que no hay una simple disyuntiva entre los términos en cuestión, el texto de

Kohut todavía se presenta como una respuesta digna y valerosa por parte de las fuerzas de la imaginación frente a la barbarie sociocultural reinante.



Armando Romero *Un día entre las cruces*

Santafé de Bogotá: Tercer Mundo
Editores, 1993, 184 pp.

Juan Carlos Galeano
Florida State University

A quienes hemos leído o estudiado la literatura de "la violencia", la novela de Romero nos llega como una ola refrescante. En sus páginas, nos adentramos en la vida política y artística de Colombia (desde fines de los años 40 hasta principios de los 70) y sentimos el encuentro de la poesía y la historia. Su autor se aparta de la manipulación del sentimentalismo, producto de la inmediatez de los hechos, y el compromiso político que malograron la mayoría de las narraciones que tratan esta época. La amplia proyección vivencial de los personajes de la obra hace que ésta no se deje enmarcar dentro del rótulo "novela de la violencia" en Colombia. Se sabe que de toda la producción artística que dejó esa época vergonzosa, no se salvan más de dos o tres novelas, unos pocos cuentos y un puñado de poemas.

La novela es un tríptico sobre los años de aprendizaje durante "la violencia" y después de ésta. En la primera parte del texto de Romero, quien dio sus primeros pasos literarios en el movimiento poético nadaísta, se recrea la niñez de Elipsio en un hogar de la clase media baja. La visión poética del niño nos enseña el universo de "adentro" y de "afuera": las discordias del mundo de los mayores. "La violencia" entre los miembros del partido liberal y conservador, que aniquiló a muchos colombianos, halla su paradigma en la guerra que libran las hormigas "picorrojo" con "las correlonas" en el patio de su casa. Este conflicto fratricida aparece en el *collage* de la vida del país representado en las diversiones infantiles de Elipsio